CÓMO TRABAJARON LOS AUTORES DE LAS «MEMORIAS BIOGRÁFICAS»

Francis DESRAMAUT

1. Las *Memorias biográficas* de don Bosco

Los diez y nueve volúmenes de las *Memorias biográficas* de don Bosco, publicadas a lo largo de 40 años, precisamente entre 1898 y 1939, durante la primera mitad de nuestro siglo XX estuvieron firmadas sucesivamente por tres sacerdotes salesianos: Giovanni Battista Lemoyne en los volúmenes I-IX, Eugenio Ceria en los volúmenes XI-XIX y Angelo Amadei en el volumen X.[1] El estudio atento de su conjunto (cerca de diez y seis mil páginas), que el título de esta comunicación parece anunciar, requeriría un número indeterminado de volúmenes. En 1987, el examen crítico de un relato del volumen IX con un total de 80 líneas, por otra parte complejas, me hizo escribir un artículo de 24 páginas para la revista «Ricerche Storiche Salesiane».[2] Esta biblia salesiana podrá ocupar a generaciones de comentadores en los siglos futuros, si encuentran gusto en hacerlo. En efecto, los problemas planteados son a veces tan arduos como los de los evangelios sinópticos. Personalmente me limitaré aquí a hacer algunas observaciones generales sobre los autores, sus documentos y el uso que hicieron de ellos.

2. Los tres autores de las *Memorias*

Las *Memorias* fueron al principio, y en cierto modo han seguido siendo hasta el final, obra de Giovanni Battista Lemoyne (1839-1916).[3] Fue junto a don Bosco a Turín en 1864, después de su ordenación sacerdotal. Se mostró en seguida apasionadamente atraído por su maestro y se convirtió en su secretario particular en Valdocco (Turín) desde 1883 a 1888. Emprendió en 1884 la

[1] El volumen del *Indice*, obra de don Ernesto Foglio, fue publicado en 1948.

[2] 7 (1987) 81-104.

[3] Se hace un estudio muy interesante sobre este personaje en el informado artículo de P. BRAIDO - R. ARENAL LLATA, *Don Giovanni Battista Lemoyne attraverso 20 lettere a don Michele Rua*, en RSS 7 (1988) 87-170.

redacción y composición del documento que será más tarde las *Memorias biográficas*. En 1885 este documento se tituló *Documenti per scrivere la storia di D. Giovanni Bosco, dell'Oratorio di S. Francesco di Sales e della Congregazione salesiana*, título general de una colección de 45 registros que contenían impresos pegados en columna y que se referían a toda la vida de Bosco, año por año, desde su nacimiento en 1815 hasta su muerte en 1888.

Don Lemoyne era un escritor: fue «biografo, agiografo, narratore, drammaturgo, poeta», si atendemos a una enumeración[4] que se puede documentar fácilmente; fue un escritor concienzudo, un narrador agradable y ameno de las «Letture Cattoliche» de aquel tiempo, un autor de conmovedores dramas teatrales, un «valente poeta», según fórmula de don Bosco refiriéndose e él, un santo sacerdote... En cuanto a sus dotes de historiador, el estudio de su método de trabajo en la redacción de las *Memorias biográficas* nos lo revelará enseguida. A partir de 1898, sus primeros siete volúmenes de las *Memorias* saldrán a un ritmo rápido (1898-1909). A esta su más importante obra le siguió una buena biografía de don Bosco en dos volúmenes.[5] Antes de morir pudo componer sólo otros dos volúmenes de las *Memorias* y alcanzar así sólo el año 70 de la vida de don Bosco. El volumen VIII salió en 1912 y el IX, póstumo, en 1917.

A la muerte de don Lemoyne (1916), Angelo Amadei (1863-1945), que había sido director por ocho años del «Bollettino Salesiano», recibió el encargo de proseguir y completar las *Memorias biográficas*. Don Amadei era un apóstol celoso, muy fiel a su confesonario en la basílica de María Auxiliadora, al que atraía toda clase de penitentes, un verdadero «venator animarum», según se escribió de él,[6] que se sentía muy a gusto en las celebraciones festivas y en redactar artículos edificantes. Se le deben también trabajos considerables: una biografía de don Bosco; en la que, en 1929, trató de hacer hablar a los testigos de su vida:[7] obra que amplió sucesivamente en dos volúmenes.[8] Es una amplia biografía de don Rua, primer sucesor de don Bosco, titulada: *Il Servo di Dio Michele Rua*.[9] Sin embargo, don Amadei no fue el continuador de don Lemoyne y esto por diversas razones más o menos identificables: su lentitud y minuciosidad en el trabajo, según algunos (el autor del artículo titulado *Amadei Angelo* en el *Dizionario biografico dei Salesiani*); la multiplicidad de sus compromisos, según una carta suya, leída por quien esto escribe en los archi-

[4] Cf. *Ibid.*, p. 100.

[5] *Vita del Venerabile Servo di Dio Giovanni Bosco fondatore della Pia Società Salesiana, dell'Istituto delle Figlie di Maria Ausiliatrice e dei Cooperatori Salesiani*, 2 vol., Torino, Libreria Editrice Internazionale 1911-1913.

[6] Cf. E. VALENTINI, *Amadei Angelo*, en: *Dizionario biografico dei salesiani*, Torino, Ufficio Stampa Salesiano 1969, p. 17.

[7] Cf. A. AMADEI, *Don Bosco e il suo apostolato*, Torino, SEI 1929.

[8] Cf. A. AMADEI, *Don Bosco e il suo apostolato*, 2 vol., Torino, SEI 1940.

[9] Cf. A. AMADEI, *Il Servo di Dio Michele Rua*, 3 vol., Torino, SEI 1931-1934.

vos salesianos de Turín; las controversias sobre la santidad de don Bosco en los temas de los que debía hablar a partir de 1871, si nos atenemos a lo que dice la introducción del volumen X de las *Memorias*, que salió el último en 1939...

El año de la beatificación de don Bosco (1929), el público salesiano constataba, entre sorprendido y escandalizado, que la gran historia del nuevo beato no había salido de la situación de espera en la que se encontraba desde la muerte de don Lemoyne. El beato don Bosco había quedado mutilado en 18 años de vida. Las quejas eran generales. Sólo el Rector mayor de entonces, don Rinaldi, se mantuvo en silencio, como me contó una vez don Ceria. Por fin, en el verano de 1929, don Rinaldi hizo ir de Roma a Turín a don Eugenio Ceria, escritor veterano, que puso remedio a la situación.[10] Don Eugenio Ceria (1870-1957) era profesor de letras clásicas. Y había sido director de «Gymnasium», periódico didáctico para las escuelas secundarias. En el curso de su ya larga carrera, había publicado sobre todo comentarios de autores griegos y latinos: Lisias y Jenofonte por una parte, Cicerón, san Jerónimo, César, Virgilio y Tito Livio por otra. A la edad de 60 años, este distinguido literato, persona serena y fina, empezó una segunda vida. Entre 1930 y su muerte en 1957, se consagró únicamente a la historia salesiana. Los volúmenes XI hasta el XIX de las *Memorias biográficas*, que se refieren a los años 1875-1888 de don Bosco, con un complemento que abarca su glorificación, salieron con laudable rapidez entre 1930 y 1939. Este admirable trabajador, una vez que le tomó gusto a don Bosco, redactó a continuación varias biografías de los discípulos del santo (María Mazzarello, don Rua, don Beltrami, don Rinaldi), además de preciosas noticias sobre los «capitulares salesianos» y sobre los coadjutores salesianos, un librito bien hecho sobre los cooperadores salesianos y, finalmente, cuatro gruesos volúmenes de *Annali della Società Salesiana* (que cubren los años 1841-1921) y el *Epistolario* de don Bosco, cuyo último volumen no pudo ver publicado porque le sobrevino la muerte. En los años de la canonización, mientras proseguía la edición de las *Memorias*, había compuesto también una biografía de don Bosco en un volumen de lujo,[11] que tal vez es la mejor vida para la divulgación de don Bosco escrita en este siglo. Don Ceria era un humanista clásico en el genuino sentido de la expresión. Tenía el culto de la medida. Por tanto, sus frases, de ritmo ciceroniano, eran límpidas y fluidas. Tenía el gusto por las cosas sencillas y bellas y las describía con palabras nunca rebuscadas. No era en absoluto siervo de la erudición. La forma literaria que dio a los volúmenes XI-XIX de las *Memorias biográficas* los cambiaron positivamente.

[10] Sobre don Ceria, cf. E. VALENTINI, *Don Eugenio Ceria*, Torino, SEI 1957; *Ceria Eugenio*, en: *Dizionario biografico dei salesiani*, p. 79-81.

[11] *San Giovanni Bosco nella vita e nelle opere*, illustrato da G.B. Gallizzi, Torino, SEI 1938.

3. El título general de la obra

El título del primer volumen de las *Memorias* (destinado a convertirse después en el de la obra completa, con las únicas variantes introducidas al progresar la causa de beatificación y canonización de don Bosco) es el siguiente: *Memorie biografiche di don Giovanni Bosco, raccolte dal sac. salesiano Giovanni Battista Lemoyne, vol. I.*[12] Revelaba una cierta modestia.[13] Igual que don Bosco había compuesto, no una historia verdadera y propia de su obra, sino de las *Memorie dell'Oratorio di S. Francesco di Sales*, es decir, de las *Memorie per servire alla storia dell'Oratorio di S. Francesco di Sales*, don Lemoyne, si atendemos sólo al título del primer volumen, se puso a escribir sobre el fundador de los salesianos, no ya una biografía en el sentido técnico del término, sino unas *Memorie biografiche*, es decir, unas *Memorie per servire alla biografia* del santo turinés. Pero dejemos la fachada para entrar en el monumento. La verdadera intención de su autor y el género de su obra aparecen en las primeras frases del prefacio. El autor escribe en ellas: «Coll'affetto di fratello amatissimo presento ai cari Salesiani la biografia del nostro venerato Padre in Gesù Cristo don Giovanni Bosco».[14] Quedamos así mejor informados: con su grueso volumen sobre la juventud de Juan Bosco, quería ofrecer a los salesianos las premisas de una biografía de don Bosco.

4. El predominio de don Lemoyne sobre el conjunto

La rapidez con que don Ceria terminó las *Memorias* entre el 1930 y 1939 se explica sólo si se presta atención al inmenso trabajo preparatorio de don Lemoyne y a la confianza sin reservas que tuvo don Ceria en él. G.B. Lemoyne dio a las *Memorias* sus fuentes, su arquitectura general y, también para los diez volúmenes que no pudo redactar, la forma de relato, al menos hasta cierto punto. En este ensayo sobre el método de trabajo de los tres autores de las *Memorias biográficas*, me detendré preferentemente en Lemoyne, aunque sea sólo autor de los nueve primeros volúmenes de la colección.

5. La búsqueda y sistematización de los documentos

La búsqueda, la comprensión y, finalmente, la utilización de los documentos, son las tres etapas de un trabajo en el que el historiador de don Bosco re-

[12] Edic. extra-comercial: San Benigno Canavese, Scuola Tipografica, Libreria Salesiana 1898.

[13] Se puede ver, sobre esta cuestión, mi libro: *Les Memorie I de Giovanni Battista Lemoyne. Étude d'un ouvrage fondamental sur la jeunesse de saint Jean Bosco*, Lyon, Maison d'études Saint-Jean-Bosco 1962, p. 84-86.

[14] MB I, p. VII.

velará su calidad profesional. Don Lemoyne quiso reunir todos los documentos aptos para enriquecer, por poco que fuese, su relato sobre don Bosco y su obra. Aunque amplio, no era otra cosa, en el ánimo del compilador, que un «relato» sobre don Bosco. Tenía en cuenta, por tanto, sólo (o poco menos) los elementos narrativos. Los planos de construcción, las fotografías, los libros de contabilidad, los registros escolares..., que exigían un tratamiento especial, quedaron ignorados casi siempre. Sus preferencias iban siempre hacia textos ya redactados por testimonios inmediatos y, en primer lugar, los de don Bosco.

Como director dal colegio de Lanzo (1865-1877), don Lemoyne había recogido con el mayor cuidado las «Buenas Noches», las platiquitas y cartas de don Bosco a sus jóvenes. Cuando llegó a ser su secretario en Turín, en diciembre de 1883, ayudado por otro apasionado de don Bosco, que era también un archivero decidido, don Gioachino Berto (1847-1914), recogió todo lo que pudo encontrar de él. Preguntó y cribó a los testigos de su vida pasada. Los relatos sobre la madre de don Bosco, Margarita Occhiena, de la que publicó la vida en 1886, le interesaron mucho. Tuvo que poner en claro el contenido de agendas, cuadernos, libros de notas no suficientemente legibles. Y con frecuencia, después de una elaboración destinada a hacer el relato fácil de seguir, empezó a clasificar sus materiales, con fragmentos casi siempre recortados según la cronología de don Bosco, y a ordenarlos en los registros de los *Documenti per scrivere*, que se convirtieron así en una inmensa cantera para uso del historiador del gran hombre. Empezó la confección de estos registros en 1885, en una época en la que la recogida de documentación estaba sólo en sus comienzos. En otras palabras, el trabajo heurístico y el de redacción – efectivamente, los *Documenti* constituían una primera redacción – fueron al mismo paso para don Lemoyne. A medida que llegaban a su conocimiento, incluía las nuevas piezas en sus registros. Sin embargo, a partir del proceso de don Bosco, se decidió a pasar a una nueva etapa: las declaraciones de los testigos, fragmentarias como la crónica, entraron a formar parte de los expedientes preparados más directamente con vistas a la redacción de los diversos volúmenes de las *Memorias biográficas*. Don Lemoyne, en efecto, se preguntó con la mayor diligencia posible sobre los testimonios producidos en el proceso informativo de canonización realizado en Turín en los años 90. Contrariamente a lo que dejaría entender una nota contenida en su introducción general, utilizó las deposiciones de ese proceso ya en el primer volumen de sus *Memorias*, aparecido en 1898 y que se refería a los años de la juventud de nuestro santo.

Cada día nos damos cuenta mejor de que las *Memorias biográficas* son una inmensa colección de mosaicos de documentos biográficos, recortados en trozos e introducidos en una trama de artículos distribuidos a su vez en capítulos y en libros más o menos homogéneos. Su historia debería por tanto suponer el análisis de la mole de documentos que se acumuló entonces sobre don Bosco, especialmente por don Lemoyne. En este momento del estudio, no puedo

hacer más que enumerar las principales piezas y añadir alguna palabra sobre su interpretación.

Eran escritos del mismo don Bosco: las *Memorie dell'Oratorio* que se refieren a los años 1815-1855, el testamento espiritual,[15] las cartas circulares o personales; las biografías publicadas sobre Comollo, Savio, Magone, Besucco, Cafasso; los relatos manuscritos o impresos sobre la vida de su obra; los registros, el viaje a Roma en 1858, la consagración de la iglesia de María Auxiliadora, las «meraviglie» o «grazie» atribuidas a María venerada en Valdocco...; los reglamentos y las constituciones de su obra local (de Turín) y bien pronto mundial (la congregación salesiana, la unión de los cooperadores salesianos...). Las notas menores o los esquemas le interesaban a don Berto, que los pasaba a don Lemoyne.

Después de don Bosco venían los que le habían escuchado o al menos sus contemporáneos, que habían escrito cosas vistas u oídas de él. Probablemente conviene iniciar esta serie con la *Storia dell'Oratorio*, que Giovanni Bonetti (1838-1891) publicó por entregas en el «Bollettino Salesiano» en vida de don Bosco y que se convirtió después en un grueso volumen titulado: *Cinque lustri dell'Oratorio salesiano fondato dal Sac. Don Giovanni Bosco.*[16] Se añadirá a la *Storia* las entregas del «Bollettino» de los últimos años de don Bosco sobre las *Passeggiate autunnali.* Las actas de las reuniones de los directores salesianos, del «capítulo superior» y de los capítulos generales de 1877 a 1886 figuraban también en la documentación recogida por don Lemoyne. Pero él daba mayor importancia a las agendas o cuadernos de recuerdos y a las observaciones de los siguientes testimonios: Domenico Ruffino (1840-1865), Giovanni Bonetti (del que acabamos de hablar), Antonio Sala (1836-1895), Gioachino Berto (citado antes), Giulio Barberis (1847-1927), Francesco Cerruti (1844-1917), Giovanni Garino (1845-1908), Giuseppe Lazzero (1837-1910), Francesco Provera (1836-1874), Carlo Maria Viglietti (1864-1915), Pietro Enria (1841-1898), Giovanni Battista Francesia (1838-1930), Secondo Marchisio (1857-1914)... En esta lista conviene poner también a don Lemoyne que, contra una leyenda tenaz, no se deshizo en absoluto sistemáticamente de sus notas personales. Don Rua había compuesto un precioso *Libro dell'esperienza*, un *Necrologio...*, y había escrito también notas frecuentes en pequeños trozos de papel. A esta serie ya larga, los futuros historiadores añadirán los cronistas que a veces sólo fueron copistas: Gresino, Ghigliotto, Peloso, Dompè, Vignolo, Veronesi y otros, cuya letra se puede identificar consultando colecciones de anécdotas o de «sueños», reunidas en los archivos salesianos de Roma.

Evidentemente no es el caso de formular juicios generosos y válidos para

[15] Cf. *Memorie dal 1841 al 1884-5-6*, que F. Motto ha publicado en RSS 4 (1985) 73-130.

[16] Cf. G. BONETTI, *Cinque lustri dell'Oratorio salesiano fondato dal Sac. Don Giovanni Bosco*, Torino, Tip. Salesiana 1892. Hay que advertir que don Lemoyne recogió en los *Documenti* las columnas del «Bollettino Salesiano» y no las páginas de los *Cinque lustri*, que, al parecer, no fueron usadas, como tales, en la composición de las MB.

todos estos testigos, y menos aún para cada uno de los episodios contados por ellos y para todas las frases de don Bosco transmitidas por ellos, como si su proximidad al héroe de la historia tuviese que garantizar de modo absoluto la objetividad, la lucidez, la exactitud... de sus apuntes. Hay que «comprender» estos documentos. El género literario de las crónicas deberá interesar de cerca al comentador. Se distinguirá la *reportatio* inmediata, del recuerdo más o menos lejano; el acta, del testimonio posterior; el testimonio directo, del testimonio indirecto; el sueño, de la parábola onírica; el mismo testimonio, de su comentario, autorizado o no, y también la formulación original, de la formulación elaborada. Aquí los ejemplos se amontonan a centenas, tal vez a millares. El billete de don Rua sobre el apelativo de «salesiano»[17] no fue en absoluto (aunque lo deje suponer don Lemoyne cuando escribe: *«... ne tenne memoria in un suo scritto»*, una especie de acta de la reunión de enero de 1854, sino una nota escrita por don Rua, probablemente pedida por el biógrafo, 40 ó 50 años después del hecho.[18] A su vuelta de Roma en febrero de 1870, don Bosco dio una larga conferencia a los salesianos de Valdocco para informarles de su viaje. El resultado fue una *reportatio*, que don Lemoyne publicó en sus *Documenti* casi con los términos percibidos por un testigo auricular atento. ¡Pero cuántas «Buenas Noches» dieron origen a breves resúmenes!... Cuando Bonetti en 1861-1863 o Viglietti en 1884-1885 recogían de los labios de don Bosco recuerdos de su vida pasada, que se apresuraban a escribir en sus cuadernos, se trataba de testimonios directos, aunque, por otra parte, muy posteriores a los hechos referidos y, por tanto, expuestos a todas las reconstrucciones fantásticas del recuerdo. Pero los mismos testigos podían anotar también historietas que circulaban en el ambiente, que otros tal vez habrían negado si hubiesen llegado a conocerlas. Se trataba de «cose che si raccontano», como escribía Ruffino al comienzo de algunas anécdotas sobre don Bosco. Un cuadernito de Giovanni Bonetti (20 hojas, de las que sólo hay 10 escritas) encierra seis episodios sorprendentes, todos de origen no precisado: «Mirabile conversione di un ateo»;[19] «Il giovanotto risvegliato da morte»;[20] «Il cane grigio»;[21] «Le castagne»;[22] «Moltiplicazione delle ostie».[23] Son anécdotas que, auténticas o no, se publicaron sólo mucho tiempo después de haber sido registradas. Estaría bien no darles más crédito de lo que merecen historietas que se cuentan para prevenir prejuicios o ideologías dominantes en los diversos grupos humanos.

[17] Cf. MB V, 9.

[18] En efecto, don Lemoyne no lo tuvo presente cuando compuso sus *Documenti*, por tanto hasta 1891; y la crítica interna apoya tal datación tardía.

[19] Cf. MB IV, 156.

[20] Cf. MB III, 495.

[21] Cf. MB IV, 416.

[22] Cf. MB III, 576.

[23] Cf. MB III, 441.

Se podrían hacer observaciones análogas a propósito de las deposiciones reunidas con ocasión del proceso de canonización de Bosco y que fueron a parar a las *Memorias biográficas*. En su conjunto eran muy preciosas y muy interesantes. Desfilaron por Turín sacerdotes diocesanos, sacerdotes salesianos, coadjutores salesianos y seglares: Giovanni Bertagna, Gioachino Berto, Secondo Marchisio, Giovanni Giacomelli, Felice Reviglio, Giacomo Manolino, Giuseppe Turco, Giovanni Filipello, Giorgio Moglia, Giacinto Ballesio, Angelo Savio, Francesco Dalmazzo, Giovanni Branda, Pietro Enria, Leonardo Murialdo, Giovanni Cagliero, Francesco Cerruti, Giovanni Battista Piano, Giuseppe Rossi, Giovanni Villa, Giovanni Battista Francesia, Luigi Piscetta, Giulio Barberis, Giovanni Battista Lemoyne, Giovanni Bisio, Michele Rua, Giovanni Turchi, Ascanio Savio, Giovanni Battista Anfossi, Domenico Bongioanni, Giuseppe Corno, Antonio Berrone y otras trece personas, hombres y mujeres, convocadas especialmente para aclarar problemas referentes a milagros.

Don Pietro Stella ha tratado de clasificar a estos testigos para empezar a sopesar sus testimonios. Desde un punto de vista ideal, haría falta seguir los meandros da cada elemento de estas deposiciones, remontándose a sus fuentes de información y a la misma mentalidad de las personas interesadas. Se debe saber que las afirmaciones más absolutas sobre la ascesis de don Bosco nos llegan – salvo mejor información – de don Berto, que era un hombre escrupuloso y más o menos obsesionado. El mismo Berto y su hermano en religión Giulio Barberis realizaron largas declaraciones en el proceso a partir de los *Documenti* de don Lemoyne, que podían consultar y copiar a placer en Valdocco. A veces los utilizaron de modo servil. Por eso las aproximaciones, hasta los errores de sus fuentes, reaparecían, más aumentadas que corregidas, en sus deposiciones. Lo hicieron indudablemente con la mejor buena fe del mundo. Pero se aceptará que varios testimonios del proceso de don Bosco podían tener a sus espaldas una ya larga historia, cuyo conocimiento es indispensable para quien quiere comprenderlos. Otra advertencia más bien de carácter general: la forma llamada «definitiva» de las crónicas y las actas, hecha propia por el autor de las *Memorias*, no es siempre, o con frecuencia, la que salió de un tirón de la mano del redactor. Por lo que se refiere a las crónicas, el caso más interesante me parece que es el de Carlo Maria Viglietti en su relación sobre los últimos años de don Bosco (1884-1888). Distribuido en varios cuadernos, revisado y copiado varias veces, este relato plantea al comentador un montón de problemas especiales. Se descubre que la crónica primitiva resulta la más segura. Sin embargo, hay pasajes añadidos más tarde que no carecen de interés para el conocimiento de don Bosco. En cuanto a las actas: generalmente el secretario designado toma nota de lo que oye o comprende a medida que se desarrolla la sesión. Pero después tiene que componer un texto oficialmente aceptable. Se imponen añadidos, modificaciones, supresiones. Realiza este trabajo generalmente solo, a veces en el consejo. Las formas tomadas de las actas de la primera sesión del Capítulo general de los salesianos de 1877, confiadas a don Giulio Barberis, son – a mi parecer – ricas de enseñanza para el historiador y,

por tanto, para la biografía de don Bosco. En efecto, la versión primitiva está llena de frases tachadas y de añadidos, que hay que leer con atención porque permiten conocer el desarrollo del debate. Es verdad que se pueden buscar con preferencia varios rasgos de la mentalidad de los correctores (y de don Bosco el primero de todos): en este caso, los retoques, que no son puramente formales, merecen, también ellos, un examen cuidadoso.

6. La comprensión y la utilización de los documentos

Tales reflexiones no las hizo don Lemoyne compilador, y tampoco sus sucesores don Amadei y don Ceria. A don Lemoyne le bastaba que el testigo fuese «honesto», cualidad que él valoraba en función de criterios morales. Recogía su versión en su forma más acabada, la glosaba, alineando todos los detalles en el mismo plano, dividía, juntando pasajes paralelos, todas las informaciones que no conocía todavía y las distribuía en función de una urdimbre general de la obra, que era rigurosamente, y lo más posible, cronológica. Para don Lemoyne – y se recordará aquí que los *Documenti* redactados según este principio cubren toda la vida del santo y afectan también a los volúmenes de don Amadei y don Ceria –, la mejor historia de don Bosco sería la que reuniese el mayor número de informaciones sobre don Bosco atestiguadas por los testigos. Nada le parecía desechable, aunque fuese sólo una frase o una palabra. Este culto a la cantidad me parece que denuncia en él convicciones «sustancialistas» que, unidas a otras, son signo de la mentalidad «precientífica» de nuestro historiador.[24] «Por una tendencia casi natural – escribía Gaston Bachelard en el capítulo del *Obstacle substantialiste* el espíritu precientífico amontona sobre un objeto todos los conocimientos en los que ese objeto juega un papel, sin ocuparse de la jerarquía de los roles empíricos. Une directamente a la sustancia cualidades diversas, tanto una cualidad superficial como una cualidad profunda, una cualidad manifiesta como una oculta». Se preocupa de «la experiencia exterior evidente, pero huye de la crítica en lo profundo de su corazón».[25] Don Lemoyne recogía todo lo que los documentos le enseñaban y lo ponía en su obra, con el riesgo evidente de repetir varias veces el mismo hecho, cuando le llegaba bajo formas diferentes y, por tanto, con el riesgo de duplicar o triplicar asertos o episodios de por sí únicos.[26]

Tal vez no son inútiles algunos ejemplos. Cuando narraba su juventud, don Bosco, por razones que nos resultan oscuras, no hacía nunca alusión a su es-

[24] Tomo, sobre este argumento, las ideas y la terminología de G. BACHELARD, *La formation de l'esprit scientifique*. Contribution à une psychanalyse de la connaissance objective, 13ème éd. (1ère éd. 1938), Paris 1986, p. 131-133.

[25] *Ibid.*, p. 99.

[26] Véanse *Les Memorie I de Giovanni Battista Lemoyne*, p. 213-266, el capítulo sobre «la lecture et l'ordonnance de la matière».

tancia como peón en la granja Moglia de Moncucco, donde debió de pasar cerca de 18 meses (en 1828-29), cuando tenía de 13 a 14 años. Ahora bien, el salesiano Secondo Marchisio durante el verano de 1888 y después los abogados del proceso informativo en los años 90 preguntaron a la gente de la granja, empezando por Dorotea Moglia, Giovanni Moglia, Giorgio Moglia hasta los que habían estado allí. Y hablaron abundantemente. Un rasgo del adolescente Bosco les había impresionado a estos paisanos: Juan había rechazado permanecer solo con una niña de los Moglia, y esto a pesar de las órdenes de Dorotea. Para narrar este episodio, don Lemoyne se encontraba al menos ante siete perícopas, sin contar otras dos que generalizaban el rechazo.[27] Él consideró que, en ese caso, uno de los testigos daba al rechazo una forma distinta de la de los otros y, por tanto, se separaba de ellas.[28] La respuesta fue así desdoblada en las *Memorias biográficas*. El muchacho dijo a Dorotea, según la mayor parte de los testimonios: «Datemi dei ragazzi, e ne governo fin che volete, ma bambine non debbo governarne»; y según el testimonio particular: «Io non sono destinato a questo! rispondeva pacatamente Giovanni».[29] Este mecanismo de inclusión duplicó también la conversación de Juanito con don Calosso en noviembre de 1829 a lo largo del camino de Buttigliera a la granja de I Becchi. El episodio es conocido. Don Calosso, maravillado por la desenvoltura de un muchacho al que no conocía todavía, le pidió que repitiese la homilía del predicador del jubileo. Juan lo hizo. Don Lemoyne disponía de tres fuentes al respecto: un fragmento de las *Memorie dell'Oratorio* de don Bosco, un fragmento de una crónica de Domenico Ruffino y un fragmento de los *Annali* de Giovanni Bonetti, paralelo, por otra parte, al de Ruffino. Cada uno de estos relatos conocía una única conversación repetida por el niño. Pero sus expresiones no coinciden perfectamente entre sí: el de Ruffino-Bonetti tenía una forma propia que no era la de las *Memorie dell'Oratorio*. Además, en las *Memorie* el muchacho hablaba «per più di mezz'ora», mientras que Ruffino le hacía repetir el sermón sólo por diez minutos. Frente a este problema, el «sustancialista», avaro hasta de los más pequeños servicios, creyendo que con ello sirve a la verdad, no duda: conserva todo. Don Lemoyne no dudó de que don Bosco hubiese podido repetir a 12 años de distancia (en 1861 para Bonetti-Ruffino y en 1873 para las *Memorie dell'Oratorio)*, con una fórmula diferente el sermón de su infancia, del que recordaba sólo que había sido sobre los novísimos. Lo hizo hablar, por tanto, «per più di mezz'ora» sobre uno de los sermones y, a continuación, durante diez minutos sobre otro, con un total de cerca de tres cuartos de hora.[30] Las dos curaciones

[27] Rossi testimonió: «Le madri di famiglia gli affidarono la custodia dei loro bambini e il giovane Bosco lo faceva molto volentieri ad eccezione delle bambine» (G. Rossi, *Processo ordinario della Curia di Torino*, fol. 2511). ¿Había tantas «madri di famiglia» en la Moglia?

[28] Esta declaración hecha, creo, por Giorgio Moglia, fue publicada por don Lemoyne en los *Documenti* XLIII, p. 3.

[29] Cf. MB I, 199.

[30] Cf. MB I, 177-178.

tan iguales de la señora paralítica con ocasión de la consagración de la iglesia de María Auxiliadora en Turín en 1868 nacieron del mismo modo en la historia salesiana. La primera deriva de un relato de don Bosco a don Lemoyne en 1884;[31] la segunda, tres páginas más adelante en las *Memorias* IX, según una recopilación impresa el año del suceso.[32] Otros dobletes, menos fáciles de descubrir, son, sin embargo, casi igualmente ciertos: el episodio de los muchachos que quedaron empapados durante una excursión y fueron acogidos por el «cavaliere Gonella», referido en el volumen VI de las MB, según la biografía de Magone escrita por don Bosco, y repetido en el volumen VII de las MB – en otro año – según una anécdota recogida en 1884;[33] la curación instantánea de un muchachito que se moría en París sucedida en abril de 1883 según los testigos inmediatos, narrada en las MB XVI, 131-133 y repetida, según un relato posterior de una dama llamada María Ortega a don Evasio Rabagliati, en las MB XVI, 224-225.[34] Los historiadores salesianos del futuro tendrán un campo inmenso para ejercitar su sagacidad...

7. La indiferencia en la comprensión de los documentos

Sobre este punto parece que el historiador de don Bosco confundió dos planos: el de la vida o el de la historia vivida y el del relato de la vida o de la historia e igualmente del documento que atestigua esa historia. Se parte de la hipótesis de su normal coincidencia: un plano refleja al otro. Se supone que las mediaciones de los documentos son transparentes y sus mensajes obvios. La comprensión del documento, en su formalidad peculiar, no plantea nunca (o casi nunca) problemas. Ahora bien, «no es tan fácil comprender un documento, saber lo que es, lo que dice, lo que significa».[35] El hagiógrafo de don Bosco olvida que la exposición histórica (es decir, sus documentos) forman cuerpo con las personas o los grupos de personas que hablaron o escribieron en un determinado tiempo, escogieron sus propias perspectivas, descuidaron detalles, forjaron otros para hacerse entender (para comunicar, diríamos hoy), en el momento imaginaron de buena fe, colorearon el conjunto con sus sentimientos y deseos. El que está un poco familiarizado con la historia, entrevé las

[31] Véase la libreta de apuntes de G.B. LEMOYNE, *Ricordi di gabinetto*, 22 febrero 1884; recogida en: MB IX, 257.

[32] Cf. G. BOSCO, *Rimembranze di una solennità in onore di Maria Ausiliatrice*, Torino 1868, p. 49-50; recogido en: MB IX, 260-261.

[33] MB VI, 54, según G.B. LEMOYNE, *Ricordi di gabinetto*, 22 febrero 1884. El duplicado es aquí muy seguro, aunque no absolutamente cierto.

[34] Se trata de la curación del hijo de Bouillé, contada según el *Ancien Magistrat* en: *Documenti* XXV, p. 127; narración avalada por Charlotte Bethford, que figura en: MB XVI, 131-133. Se trata de la curación de un muchacho, del que no se dice el nombre, en una exposición de María Ortega a don Rabagliati, *Documenti* XLIV, p. 460, de donde pasó a MB XVI, 224-225.

[35] H.-I. MARROU, *De la connaissance historique*, Paris, Editions du Seuil 1954, p. 101.

consecuencias de un método que hace economía en «comprensión» sistemática de los textos utilizados. En efecto, el texto es un producto. Tiene el peso de un objeto fabricado. No puede utilizarse nunca como un vidrio transparente, que «se asoma» sobre lo real o sobre la historia que cuenta. Aplicado a la Biblia, este método «naïf» confunde fragmentos didácticos y relatos históricos, leyendas y realidades, anécdotas populares y cartas oficiales, etc. En cuanto a nosotros, escojamos un ejemplo al azar: la historia del barbero del pueblo de Castelnuovo. Don Bosco rechazó un día dejarse afeitar por una mujer, al menos así parece. El episodio, hoy divertido para los comentaristas de su vida, es una anécdota que Giovanni Bonetti introduce de este modo en uno de sus cuadernos: «otto giorni or sono – estamos en febrero de 1862 – due del suo paese, D. Savio e il Suddiacono Cagliero mi raccontarono questo del Signor D. Bosco. Un giorno D. Bosco era venuto a Castelnuovo. Avendo bisogno di farsi fare la barba [...]. Ciò visto tosto si alzò, prese il suo cappello e salutando le disse: non permetterò giammai che una donna venga a prendermi pel naso».[36] Es una historieta amena, como la gente del pueblo la contaba. En cuanto a la escena en sí y a las palabras que realmente pronunció..., conviene pensar dos veces – o más – antes de decidir si la respuesta de don Bosco, cuya formulación se nos escapará siempre, fue un signo de su «castità selvaggia»... El autor de las *Memorias* hace creer en una especie de reportaje reciente: «D. Savio Angelo e Mons. Cagliero ci raccontarono come egli, giunto una volta a Castelnuovo e avendo bisogno di farsi radere la barba, cerca di una bottega...», etc. Haciendo esto, economiza de hecho en correcta «comprensión» del documento y por tanto en su significado.

Las consecuencias de esta omisión pueden ser graves. Don Lemoyne (y después de él don Ceria) deberían haberse comprometido en «comprender» a fondo los dos relatos de «bilocación» de don Bosco, el primero en 1878 y después en 1883. Mientras que en esas fechas estaba en Turín, las *Memorias* lo hacen aparecer en carne y hueso el 14 de octubre de 1878 en Saint-Rambert d'Albon, en Francia; según una carta, de fecha 13 de abril de 1891, de la señora Ada Clément; y en la noche entre el 5 y el 6 de febrero de 1886 en Sarriá, junto a Barcelona, siguiendo al sacerdote salesiano Giovanni Branda.[37] El primer testimonio es una suposición sin fundamento serio. En cuanto a la segunda, es sólo signo de una «visión», no de una «bilocación» propiamente dicha. En el ejercicio de su misión, el juez sabe que cada testimonio debe sopesarse. Por desgracia, el hagiógrafo de la era precientífica, apegado a la tradición, se ha guardado bien de hacerlo, especialmente si la reputación de su santo corría el peligro de verse ofuscada de algún modo. El hagiógrafo que se ha familiarizado con las ciencias humanas y con el método «científico» está

[36] G. BONETTI, *Annali*, quaderno II, p. 36s. El rasgo vuelve a aparecer en: MB V, 161-162.

[37] El hecho de Saint-Rambert, según *Documenti* XLIII, p. 335-336, corroborado por una carta de la hija de la señora Clément, Lyon 18 abril 1932, en: MB XVI, 680-684; el hecho de Sarriá, según los *Documenti* XXXI, p. 86-89, en: MB XVIII, 35-39.

obligado a valorar críticamente los testimonios y, más en general, a «comprender» los documentos. Si no, algunos golpes de varita mágica se exponen fácilmente al riesgo de hacer aparecer en el aire maravillosos «castillos espirituales».

No es el caso de buscar excusas para este defectuoso y criticable modo de proceder de los autores de las *Memorias*, y el primero de todos don Lemoyne. No responde a verdad decir que «eran hombres de su tiempo». Hablando también sólo de la hagiografía – y no de la historia en general, que realizó grandes progresos en la época moderna –, los Bolandistas habían trabajado ya 250 años antes de que don Lemoyne publicase su primer volumen de las *Memorias biográficas*. Estudiaban los documentos hagiográficos según métodos cada vez más afinados por la crítica histórica. En los siglos XVII y XVIII, los historiadores de Port-Royal habían contribuido a transformar la hagiografía en verdadera historia. Le Nain de Tillemont, al disertar sobre los santos en sus *Mémoires pour servir à l'histoire ecclésiastique des six premiers siècles*,[38] lo había hecho como historiador. Las *Mémoires pour servir à la vie...* de diversos personajes de aquella época – cuyos títulos anunciaban, por otra parte, curiosamente el que escogió don Lemoyne para celebrar a don Bosco – eran de buena calidad. El bajo nivel científico general que se constata en las piadosas biografías de uso corriente en el siglo XVIII y, más aún, en el siglo XIX, cuya preocupación por edificar se superponía a la de decir y explicar la verdad, es incontestable. Pero, mira por dónde, la vuelta a la hagiografía rigurosa coincidió con el final del siglo pasado y, por tanto, con el nacimiento de las *Memorias*, en un momento en el que Louis Duchesne (1843-1922) e Hippolyte Delehaye (1859-1941) atacaron violentamente en el «Bulletin Critique» y en sus trabajos especializados las «leyendas hagiográficas». La excelente iniciación del bolandista Charles De Smedt, *Principes de la critique historique*, había sido publicada en 1883. Otros, junto a éstos, construían en esa línea. En 1895, los autores de la colección *Les Saints*, publicada en París bajo la dirección de Henry Joly, estaban convencidos de que sus libritos debían ser rigurosamente históricos. En muchos casos fueron obritas verdaderamente logradas. El mismo Delehaye publicó en ella su *Saint Jean Berchmans*.[39] Sin embargo, para nuestro caso, esta corriente «científica» que, dicho sea de paso, estuvo lejos de imponerse en nuestra época y en los mismos ambientes franceses, tal corriente, digo, no alcanzó al clero italiano. Y el antimodernismo de comienzos del siglo XX hasta dudó de su ortodoxia. Don Lemoyne se había formado en Génova hacia 1860. Ahora bien, según cuanto afirma Pietro Scoppola en un artículo de 1971, «stando alle relazioni e osservazioni fatte al secolo XIX dagli eruditi, so-

[38] Cf. LE NAIN DE TILLEMONT, *Mémoires pour servir...*, Paris, Robustel 1693-1712.

[39] Cf. H. DELEHAYE, *Saint Jean Berchmans*, Paris, Lecoffre 1921. Véase el artículo de P. POURRAT, *Biographies spirituelles*, en: *Dictionnaire de spiritualité*, vol. I, Paris 1937, coll. 1715-1719, el párrafo sobre «l'évolution de la biographie spirituelle à l'époque moderne»; y R. AIGRAIN, *L'hagiographie*. Ses sources, ses méthodes, son histoire, Paris, Bloud et Gay 1953, *passim*.

vente stranieri, il livello della cultura ecclesiastica nell'ambiente di tale secolo è assai mediocre. Ricerche più recenti hanno precisato senza smentirle queste impressioni d'insieme [...]. Il livello degli studi, le cui gravi insufficienze erano state denunciate da Rosmini nelle *Cinque piaghe della santa Chiesa*, rimane, nonostante qualche progresso, assai basso; i professori non sono, nell'insieme, selezionati secondo le loro competenze. Salvo alcune eccezioni, gli studi positivi sono trascurati...».[40] Los estudios positivos se descuidaban, y nuestros historiadores salesianos participaron del espíritu «precientífico» del ambiente cultural de su nación, que, en la búsqueda de algún dato, no se impone el esfuerzo de valorar y contrastar sus «experiencias». Hace falta, pues, superar una etapa y entrar de una vez en la era «científica».[41] De este modo, se han hecho progresos en física y en biología; pero también en historia. En efecto, el historiador es, a su modo, un hombre de la experimentación. Posee su acervo de conceptos. Se plantea interrogantes. Hace hipótesis, las contrasta, las verifica y las define a partir de la documentación. Los conceptos son sus instrumentos; los documentos, el lugar de sus «experiencias», en las que y con las que pregunta sobre el pasado de los hombres.[42]

Don Lemoyne creía que había echado los cimientos de una obra totalmente «racional». «Non la fantasia, ma il cuore, guidato dalla fredda ragione, dopo lunghe disquisizioni, corrispondenze, confronti dettò queste pagine. Le narrazioni, i dialoghi, ogni cosa che ho creduto degna di memoria, non sono che la fedele esposizione letterale di quanto i testi esposero».[43] Por desgracia, confundía perfección «racional» y acumulación «sustancial», es decir, acumulación de testimonios documentales o elementos expresivos – no analizados y comprendidos sistemáticamente – de la historia pasada. Su obra corrió el riesgo da ser un enorme testigo de la historia o de la hagiografía «precientífica».

8. La utilización de la documentación

Se dirá con razón que lo que les importaba a estos autores de la primera generación era reunir documentos y hacerlos legibles. Nuestros tres biógrafos lo consiguieron al menos aparentemente, dado que compusieron 19 volúmenes que el público al que se destinaban leyó sin cansarse después de su publicación. Se tradujeron a tres idiomas (inglés, holandés, español). Su volumen es,

[40] P. SCOPPOLA, *Italie. Période contemporaine*, en: *Dictionnaire de spiritualité*, vol. VII, 2ème partie, Paris 1971, coll. 2296-2297.

[41] Esta observación, como otras varias reproducidas aquí, está tomada de G. BACHELARD, *La formation de l'esprit scientifique*, citado en la nota 24.

[42] Cf. el excelente librito, ya citado, de MARROU, *De la connaissance historique*, p. 146-168, el párrafo sobre «l'usage du concept».

[43] MB I, p. IX.

por lo menos, un índice de la abundancia de los documentos vertidos en esta especie de enciclopedia histórica salesiana primitiva... Se impone rendir aquí un homenaje a don Lemoyne, editor de cartas privadas y circulares, recolector de artículos de periódicos o de pequeños impresos en sus *Documenti per scrivere...* Rindió un servicio sin precio a la historia de don Bosco. A su vez, como es frecuente después de don Lemoyne, don Amadei y don Ceria publicaron en los volúmenes X-XIX un notable número de piezas originales. Los anexos que contienen documentos impresos en carácter pequeño en los volúmenes de don Ceria, cada vez más abundantes a medida que la vida de don Bosco se iba vertiendo de su pluma, son ya de gran ayuda a los que los han consultado. (Una especie muy rara, es verdad, entre los que divulgan y comentan a don Bosco, que prefieren el relato fluido). Los «documenti» reproducidos con cuidado (he podido verificarlo) en los *Documenti* de don Lemoyne y en los anexos de don Amadei y de don Ceria, responden a las expectativas de los historiadores de don Bosco. Así, para la historia del largo viaje de don Bosco a Francia en la primavera de 1883, se encuentran informaciones de primera mano y, por tanto, material utilizable registrado en las 70 piezas o conjunto de piezas (cartas, crónicas, notas de sesiones, memorias, artículos de periódicos) publicadas en el apéndice del volumen XVI de las *Memorias biográficas...*

Pero queda lo demás, de lo que lo mejor está mezclado de modo inextricable a lo menos bueno o rechazable, con la aplicación de procedimientos redaccionales que tal vez se empieza a entrever. Nuestros autores se atenían a una concepción del relato histórico producido, que me permito calificarlo también como precientífico. Según esa concepción, los documentos no eran sino el calco de una historia vivida y su forma específica era indiferente. Bastaba organizarlos y presentarlos de modo coherente. Sólo la originalidad (la singularidad) del detalle interesaba al hagiógrafo. Sin duda habría escrito – así pensaba – la mejor historia con el máximo de piezas alineadas, dispuestas e insertadas en un relato que, gracias a ellos, resultaría sumamente rico. Volvemos a encontrar el «sustancialismo» avaro del espíritu precientífico.

La incuria hacia la forma peculiar, frecuente hacia el género y siempre hacia el «sentido» del documento, aparece de nuevo en la misma composición del texto de las *Memorias* que, como se recordará, comenzó con los *Documenti.* Para iluminar al lector, probablemente conviene advertir que esa obra de «compilación» empezó, en cuanto a piezas como los «sueños» de don Bosco, aún antes de los *Documenti...* por interés de don Lemoyne (y también, creo, de don Berto). Lo importante, al componer el relato, era reflejar la «realidad», que emergía del conjunto de los detalles de los hechos, según se creía, pero equivocadamente. (La alta precisión, sobre todo de los números, es, nos dice Gaston Bachelard, otros rasgo de la mentalidad precientífica. El hombre dotado de espíritu científico tiene la modestia de lo probable y lo aproximado, sobre todo en campo histórico...). Por tanto, un testimonio debidamente atribuido a un personaje designado por su nombre puede enriquecerse con informaciones paralelas; un discurso dado como pronunciado una noche podrá co-

rregirse e interpolarse con la ayuda, no sólo de recuerdos complementarios sobre los discursos, sino también con rasgos que se refieran a hechos (a veces oníricos) presentados en aquéllos, y asumir formas de proporciones extraordinarias, que habrían asombrado a personas no avisadas. O bien, si el género de los testimonios reviste relativa poca importancia, se construirá un relato en primera persona y, si hace falta, se pondrá en labios o en la pluma de don Bosco para dar color o dramatizar un capítulo o un párrafo. Desde el momento en que los detalles son exactos, y que lo son todos, la elección de un subgénero literario (cita del texto, testimonio personal, «palabras» del testigo citado, discurso en forma...) importa muy poco. Es sólo cuestión de estética, piensa nuestro biógrafo.

Para seducir a su lector, hará hablar con gusto a su héroe en primera persona. Por eso bastará las más de las veces reproducir textos de don Bosco o discursos tomados al vuelo por sus discípulos. Don Lemoyne no se contentaba con «citas» que, por abreviar, llamaremos «auténticas» (y que no lo eran siempre). A sus escritos y relatos homogéneos añadía, sin notificarlo previamente, intervenciones directas o indirectas de don Bosco y que pertenecían a otros momentos de su vida, como también de otras personas. Logró así, sin quererlo, hacer asumir a don Bosco un lenguaje absolutamente extraño sobre sus labios y en su pluma, de hombre sencillo y directo. En las *Memorias biográficas*, el relato de la primera misa de don Bosco, el domingo 6 de Junio de 1841 en la iglesia da san Francisco de Asís en Turín, se cuenta de modo inequívoco: «Nel noto suo manoscritto D. Bosco scrive ancora quanto segue...».[44] Don Lemoyne se refería sin duda a las *Memorie dell'Oratorio*, en las que leemos: «... ed ho celebrato la mia prima messa nella chiesa di S. Francesco d'Assisi, dove era capo di conferenza D. Cafasso. Era ansiosamente aspettato in mia patria, dove da molti anni non si era più celebrata messa nuova; ma ho preferito di celebrarla in Torino senza rumore, e quello posso chiamarlo il più bel giorno della mia vita. Nel Memento di quella memoranda messa ho procurato di fare divota menzione di tutti i miei professori, benefattori spirituali e temporali, e segnatamente del compianto D. Calosso, che ho sempre ricordato come grande ed insigne benefattore. Lunedì...».[45] Este pequeño relato de un día entre los mayores de la historia de un santo aparece mezquino y, en todo caso, insuficiente a don Lemoyne, que tenía más cosas que decir a propósito. A las nueve líneas de las *Memorie dell'Oratorio* corresponden, entre comillas, más de 20 líneas en las *Memorias biográficas*.[46] Después de haber seguido ocho líneas del manuscrito que poseemos, con pequeñas variantes, además (el añadido del nombre de don Cafasso...), nuestras *Memorias* se apartan de repente, para volver después de otras seis líneas y, por fin, volver nueva y

[44] MB I, 519.
[45] MO 115.
[46] MB I, 519.

definitivamente al final del tema. La reconstrucción de don Lemoyne resulta de este modo: «... La mia prima Messa l'ho celebrata nella chiesa di S. Francesco d'Assisi, dove era capo di conferenza D. Giuseppe Cafasso, mio insigne benefattore e direttore. Era ansiosamente aspettato in mia patria, ove da varii anni non si era celebrata Messa nuova; ma ho preferito celebrarla in Torino senza rumore, all'altare del S. Angelo Custode, posto in questa chiesa dal lato del Vangelo. In questo giorno la Chiesa universale celebrava la festa della SS. Trinità, l'archidiocesi di Torino quella del miracolo del SS. Sacramento, la chiesa di S. Francesco d'Assisi la festa della Madonna delle Grazie, quivi onorata da tempo antichissimo, e quello posso chiamarlo il più bel giorno della mia vita. Nel *memento* di quella memoranda Messa ho procurato di fare devota menzione di tutti i miei professori, benefattori spirituali e temporali, e segnatamente del compianto D. Calosso, che ho sempre ricordato come grande ed insigne benefattore. E' pia credenza che il Signore conceda infallibilmente quella grazia, che il nuovo sacerdote gli domanda celebrando la prima Messa; io chiesi ardentemente l'efficacia della parola, per poter fare del bene alle anime. Mi pare che il Signore abbia ascoltato la mia umile preghiera».

El fragmento autógrafo se ha ampliado en dos tiempos principales, primero en los *Documenti* y después en las *Memorias biográficas* de 1898. Fue alargado a partir de los *Documenti* II, es decir, en 1885. El texto de las *Memorie dell'Oratorio*: «... e ho celebrato la mia prima messa» se reproduce allí hasta la frase que se refiere a don Calosso, es decir, como totalidad del relato de aquel día. La perícopa sobre la gracia de la eficacia de la palabra – que no carece de interés para el conocimiento de la psicología de don Bosco – entra entonces en escena. Se lee: «... e ho celebrato la mia prima messa nella chiesa di S. Francesco d'Assisi dove era capo di conferenza D. Cafasso. Era ansiosamente [...] del compianto D. Calosso che ho sempre ricordato come grande ed insigne benefattore. È pia credenza che il Signore conceda infallibilmente quella grazia che il nuovo sacerdote gli domanda celebrando la prima messa. Io chiesi ardentemente *l'efficacia della parola*. Mi pare che il Signore abbia ascoltato la mia umile preghiera. Lunedì...».[47] Este añadido, derivado seguramente de un testimonio escrito, que tal vez aparezca algún día, empezó a deformar el relato original de don Bosco. La alteración se agravó después de la muerte de este último. Don Lemoyne insertó en las primeras líneas en limpio de los *Documenti* algunas fórmulas sacadas de la memoria autógrafa que llamamos *Testamento spirituale* de don Bosco. A él se debe el giro: «La mia prima Messa l'ho celebrata», como también, para designar a don Cafasso, las palabras: «Giuseppe» y «mio insigne benefattore e direttore».[48] Él tomó también de la deposición hecha en el proceso por don Ascanio Savio el inciso circunstancial: «per

[47] *Documenti* II, p. 6.
[48] Cf. la citada edición de MOTTO, *Memorie dal 1841*, p. 20; y MB I, 519.

poter fare del bene alle anime», inciso puesto como comentario de la oración para obtener eficacia de la palabra.[49] Finalmente, sobre las fiestas diversas del 6 de Junio de 1841, él puso en el texto de don Bosco las informaciones que un liturgista le había dado el 11 de diciembre de 1891, en nombre del rector de la iglesia de san Francisco de Asís, de Turín, don Luigi Dadesso: «Ho fatto le ricerche che la S.V. Ill.ma desiderava nei registri di questa Chiesa ed ho trovato che il M.R.D. Bosco Giovanni celebrò appunto la prima sua messa il 6 giugno 1841 e la celebrŏ all'altare del Santo Angelo Custode posto in questa chiesa dal lato del vangelo». Lorenzo Romano seguía, aparentemente como cosa suya: «E in questo giorno la Chiesa universale celebrava la festa del SS. Sacramento, la Chiesa di S. Francesco d'Assisi la festa della Madonna delle Grazie onorata in detta Chiesa da tempo antichissimo...».[50] Este es el origen de las siguientes eruditas líneas de nuestras *Memorias*: «... all'altare del S. Angelo Custode, posto in questa chiesa dal lato del Vangelo. In questo giorno la Chiesa universale celebrava la festa della SS. Trinità, l'archidiocesi di Torino quella del Miracolo del SS. Sacramento, la chiesa di S. Francesco d'Assisi la festa della Madonna delle Grazie, quivi onorata da tempo antichissimo». Su presencia sorprende en un escrito de don Bosco. El método de trabajo de don Lemoyne lo explica. Indiferente a la naturaleza (o a la «forma») de las mediaciones documentales: cartas, testimonios directos, testimonios indirectos, escritos, «palabras» referidas, discursos escritos, discursos escuchados o «referidos», etc., escogía sin ningún rigor las formas particulares de su exposición. Los detalles de la sustancia – lo único importante a sus ojos – podían incluirse en un comentario, en un discurso o en una cita entre comillas. La pretendida cita del «noto manoscritto» de don Bosco sobre su primera misa en san Francisco de Asís es una amalgama de fragmentos heteroclíticos (aunque de buena calidad), que instruyen sobre el hecho, pero engañan sobre el héroe, sobre su estilo, sus recuerdos y sus sentimientos exactos... No vayamos a imaginar un manuscrito perdido o desconocido de don Bosco sobre el período, como lo hace casi instintivamente casi la totalidad de los lectores de las *Memorias biográficas*. Este texto atribuido imprudentemente a la mano de don Bosco fue de hecho una composiciŏn de don Lemoyne.[51]

Aplicó este procedimiento docenas o, tal vez, cientos de veces en el conjunto de sus *Memorias biográficas*. Las citas, aun las de don Bosco, sólo raras

[49] La añadidura se debe ciertamente a Ascanio Savio, *ad 13um*, a quien se debe también la otra parte del texto, no citado, de las MB I, 519. Se lee: «Posso solo attestare, che egli, come disse, in occasione della sua ordinazione tra le grazie aveva domandato il dono della parola per far del bene alle anime. A mio giudizio egli ottenne abbondantemente la grazia»... (Ascanio Savio, *Processo ordinario della curia di Torino, ad 13um*, fol. 4552).

[50] Carta de Lorenzo Romano a G.B. Lemoyne, Torino, 11 diciembre 1891, transcrita en: *Documenti* XLIII, p. 9.

[51] El último biógrafo que se ha dejado llevar por esta cita apócrifa es el prudente S. CASELLE, *Giovanni Bosco, Chieri, 1831-1841*... Torino, Acclaim 1988, p. 208

veces son fieles y nunca son seguras. Como el hecho en cuestión se presentaba en varios relatos paralelos, el documento «citado» venía retocado e interpolado.

Es necesario insistir sobre este aspecto del trabajo de don Lemoyne y, de carambola, de los otros dos autores de las *Memorias*, que pudieron basarse en sus *Documenti* ya elaborados. Sus citas son más o menos inutilizables como tales. El comentador tendrá que detenerse sobre las que pudieran ofrecer una idea particular (y falsa) de los personajes puestos en escena. La historia de la *Sagra di S. Michele* contada por don Bosco a sus muchachos de excursión con una precisión extrema, inesperada hasta en un narrador dotado de buena memoria, es otro caso claramente demostrativo, porque es muy fácil identificar el texto original.

Leemos en el volumen IV de las *Memorias*, en el relato de un paseo de 1850, estas líneas puestas en labios de Bosco que habla a sus muchachos: «Perciò disse loro: Questo santuario di S. Michele delle Chiuse detto comunemente *La Sagra di S. Michele*, perché consacrato ad onore di quest'Arcangelo, è una delle più celebri Abbazie dei Benedettini in Piemonte. Da semplice romitaggio che era verso l'anno 990, fabbricato ad ispirazione di S. Michele da un certo Giovanni da Ravenna, uomo di santa vita, che era colà ritirato, fu mutato pochi anni dopo da Ugone di Montboisier detto lo Scucito, gentiluomo dell'Alvernia, in maestosa chiesa di stile gotico, con un grande Convento anneso per l'abitazione dei monaci...». El relato sigue por más de una página: Hugo de Montboisier confió los trabajos de construcción a «Atverto o Avverto», abad de Lusathe, en Francia. Cuando se terminaron los trabajos, éste hizo venir monjes benedictinos al nuevo monasterio; ellos eligieron a Atverto como abad. En la abadía llegaron a ser muy pronto hasta 300 monjes. En 1383, decaída la primitiva disciplina, se convirtió en abadía comendaticia bajo el protectorado de los condes de Saboya hasta la invasión francesa de comienzos del siglo XIX... El narrador termina su erudita exposición con la historia del Valle di Susa y de la victoria de Carlomagno sobre el rey de los lombardos...[52] Y aquí se cierran las comillas. ¡Varios lectores y comentadores, aun veteranos, quedaron extasiados ante la erudición de don Bosco! Cayeron en la trampa de nuestro biógrafo, que creyó poder aplicar aquí sus procedimientos de dramaturgo.

Hacia 1880, el «Bollettino Salesiano» había narrado en un opúsculo la *Storia dell'Oratorio*, que fue, como sabemos, una de las buenas fuentes de las *Memorias*. El texto reseñado arriba figura en el capítulo XXVIII de esa *Storia*, publicada en el número de abril de 1881 del «Bollettino». En él se lee el artículo titulado: *Visita alla Sagra di S. Michele* y en nota de la página 15, una larga reseña histórica, probablemente copiada por el autor, Giovanni Bonetti, de una enciclopedia. Bastará volver a leer las primeras líneas para comprender

[52] MB IV, 118-119.

el mecanismo que dio lugar al relato atribuido a don Bosco en las *Memorias biográficas*. «Il santuario di S. Michele della Chiusa, detto comunemente La Sagra di S. Michele, perché consacrata ad onore di quest'Arcangelo, una delle più celebri Abbazie dei Benedettini in Piemonte. Da semplice romitaggio che era verso l'anno 990, fabbricato ad ispirazione di S. Michele da un certo Giovanni da Ravenna, uomo di santa vita che s'era colà ritirato...» etc. No falta ni siquiera el episodio de la estratagema de Carlomagno en el Valle de Susa para vencer a los Lombardos.[53] En cuanto a Bosco, una sola cosa es segura: durante la excursión, charló con gusto con sus muchachos. Don Lemoyne aprovechó el episodio para presentar a sus lectores la *Sacra di S. Michele*, monumento que interesaba – muy de lejos, a decir verdad – a la historia salesiana.

Se sabe que no tuvo ningún escrúpulo al llamar «testamento» de don Bosco a sus cooperadores a una composición encontrada – según dijo – entre los papeles del santo inmediatamente después de su muerte, provista del escrito: «Da aprirsi dopo la mia morte». Puso un ejemplar impreso en sus *Documenti* acompañado de la presentación: «Ecco il prezioso documento».[54] Don Ceria, muy fiel a sus principios, siguió por desgracia a su hermano en las *Memorias biográficas*:[55] libre, no obstante, para reconocer un día la verdadera historia de tal pretendida carta autógrafa, que era, en cambio, una redacción de Giovanni Bonetti.[56]

Don Lemoyne reunió los fragmentos, los yuxtapuso, los interpoló uno en otro en nombre de lo que creía que respondía a la verdad y de todo ello resultó en algunos casos – poco frecuentes, pero infinitamente fastidiosos – una falsa caracterización. El mosaico salía entonces en forma totalmente nueva debida al tratamiento al que el compilador había sometido a los documentos primitivos, de los que cuando procedía reproducía las referencias. La perícopa sobre la primera misa en la iglesia de san Francisco de Asís es un caso. Una amalgama entre las más engañosas es la que se refiere al relato de la audiencia totalmente imaginaria concedida por Pío IX a don Bosco el 12 de febrero de 1870. Cada una de sus piezas es casi «sustancialmente» auténtica, pero la reconstrucción del conjunto es totalmente gratuita. Se trata de una audiencia fantasmagórica.[57] El «razonamiento fiel» de don Lemoyne podía, pues, reproducir las mismas palabras de don Bosco y reflejar el espíritu del fundador de los salesianos. Era, por tanto, una empresa laboriosa la organización de los recuerdos, la selección orientada, las pequeños añadidos, a partir de un universo simbólico en el que nuestro narrador, como todo narrador, estaba enraizado.

[53] *Storia dell'Oratorio di S. Francesco di Sales*, en BS (1881) 1, 15.

[54] *Documenti* XL, p. 324-332.

[55] MB XVIII, 621-623, con la introducción: «Don Bosco diceva...»

[56] Cf. E IV, 393 nota.

[57] Cf. F. DESRAMAUT, *Le récit de l'audience pontificale du 12 février 1870 dans les Memorie biografiche de don Bosco*, en RSS 6 (1987) 81-104.

9. La explicación «carismática» de don Bosco hecha por don Lemoyne

Según su intención general, don Lemoyne no pensaba más que en describir, con la ayuda de una nube de testigos, la vida del hombre extraordinario que había sido don Bosco. Pero, animado por la admiración y al mismo tiempo por un movimiento natural de conocimiento, intentó también aferrar esa vida en su delicadeza y en sus infinitos matices, y penetrar la verdad y sus mecanismos hasta la profundidad de un alma puesta en las manos de Dios. Su descripción se convertía de este modo en explicación. De las palabras y de los hechos se elevaba a sus causas. Así, como toda historia verdadera, la de don Bosco se hacía «inteligible». Recurría por ello a instrumentos conceptuales, sobre los que hará falta reflexionar detenidamente en un estudio riguroso de nuestros hagiógrafos salesianos. En efecto, el principal de los tres colocó a don Bosco una imagen ideal: la que don Lemoyne tenía dentro de sí. Armado con esa concepción, de la que no era necesariamente consciente y que no trató ciertamente de criticar – de tal modo parecía imponérsele – se puso a explicar la vida de su héroe. Creo que se podría escribir un largo capítulo a propósito de este *Idealtypus* de don Lemoyne. Los historiadores de la mentalidad salesiana podrían estar interesados en reflexionar sobre él, porque, por medio de las *Memorias*, ha impregnado esa mentalidad hasta un punto difícil de calibrar, pero sin duda muy relevante.

Me refiero sólo a un rasgo mayor que podríamos llamar globalizante. Para don Lemoyne, don Bosco era un hombre carismático en el sentido weberiano del término. Desde su primer encuentro con él (experiencia de Lerma) le había atribuido ese poder. Esta visión influyó después en la interpretación que dio a la vida del santo. Como escribió hace poco Xavier Thévenot, precisamente a propósito de nuestro don Bosco, «el poder carismático se ve como extraordinario y cuando el que lo advierte es creyente, como sobrenatural, es decir, dado por Dios. El que lo posee dice que se siente como investido de una misión que, de algún modo, lo obliga interiormente y lo afianza en su legitimidad. [...] Desde un punto de vista psicoanalítico se dirá que el *leader* carismático se instaura o vive como un *sujeto supuesto dotado de saber y poder*. Superidealizado por sus discípulos, se les presenta como dotado de perfección y capaz de triunfar donde otros fracasan. Se acaba por atribuirle una cierta fama de infalibilidad y de omnipotencia, así como también, muy frecuentemente, una singular capacidad de dominio sobre sus deseos agresivos y sexuales: reconocer, en efecto, que el *leader* está movido por deseos de ese tipo sería infligir un mentís especialmente duro al deseo de omnipotencia infantil sobre el que se levanta el proceso de idealización».[58]

Cuando leía su propia vida, don Bosco sentía, sin duda, la sensación de

[58] X. THÉVENOT, *Don Bosco éducateur et le système préventif* (Colloque universitaire de Lyon) 1988. Traducción italiana de la ponencia en «Orientamenti Pedagogici» 25 (1988) 701-730.

que Dios y María le habían conducido, iluminado y sostenido en sus laboriosos intentos, coronados al final por el éxito. Si la «superdeterminación» es, para el psicólogo, el «carácter de una conducta determinada por varias motivaciones concurrentes», entonces pensaba que también él había sido «superdeterminado» por el cielo. Afirmó, por ejemplo, haber visto en sueños a la Virgen María, que le indicó, al comienzo de su vida sacerdotal, un terreno de Valdocco (sobre el que, de hecho, se levantó el santuario que conocemos) y le dijo: «Hic domus mea...». Pero se guardó muy bien de ir más allá. Nunca pretendió haber recibido desde el comienzo una especie de programación divina, con una «vocación» de tal modo clara que le habría bastado con comprenderla y seguirla a lo largo de su existencia. Tal lectura «superdeterminada» (y característica, también ella, según Gaston Bachelard, de un espíritu precientífico), que iba más allá de las «causas segundas», no podía dejar de frenar y aun reducir a la nada las explicaciones «naturales» y, por tanto, la inteligencia propiamente histórica de la vida del santo. Y es precisamente lo que se dio con don Lemoyne en sus *Memorias*. No tenía nada del historiador escéptico, que rechaza *a priori* descubrir un sentido en su historia. Pero ese sentido lo daba prematuramente en función de una primera experiencia nunca verificada seriamente. El buen hombre caía así en el defecto opuesto, también grave, que se llama fantasía. Y don Lemoyne llegó a imponer su óptica «fantástica» con procedimientos muy discutibles.

Efectivamente, la trasposición de fórmulas generales a fórmulas personalizadas atribuidas a don Bosco es especialmente molesta, cuando se trata de comentarios interpretativos del biógrafo, que adquieren de ese modo una autoridad inmerecida. El reciente artículo de las «Ricerche Storiche Salesiane» sobre don Lemoyne como historiador de don Bosco reproduce pasajes de su prefacio a un librito publicado por él en 1889 a propósito del papel de María en la vida de don Bosco. He aquí uno entre varios: «In un sol motto diciamo tutto. Ogni volta che D. Bosco si accingeva ad un'impresa, parlava come se vedesse chiaramente tutto lo svolgimento più o meno fortunoso di ciascuna [...] come un capitano di una nave [...] conosce tutta la sua strada prima ancora di partire dal porto. Oh quanto è buona la Madonna!».[59] Cuatro años antes, don Lemoyne había manifestado poco más o menos lo mismo en los *Documenti* III a propósito del año 1847 cuando, según su texto, había ido don Bosco de Turín a Stresa al lado de Antonio Rosmini, del que deseaba ser discípulo. Descubrimos en medio de un período: «Da parte sua era disposto ad essere obedientissimo a chiunque gli avesse comandato, anzi avrebbe preferito poter condurre avanti il suo piano sotto la condotta altrui, cioè guidato dall'obbedienza di un superiore. Ma la Vergine Maria avevagli indicato in visione il

[59] G.B. LEMOYNE, *La Madonna di Don Bosco ossia Relazione di alcune grazie concesse da Maria Ausiliatrice ai suoi devoti*, Torino, Tip. Salesiana 1889, p. 17s.; BRAIDO - ARENAL LLATA, *Don Giovanni Battista Lemoyne*, p. 113.

campo nel quale doveva lavorare. Esso aveva un piano fatto, premeditato, dal quale non poteva e non voleva assolutamente staccarsi. Esso era in modo assoluto responsabile della riuscita. Vedeva chiaramente le file che doveva tendere, i mezzi che doveva adoperare per riuscire nell'impresa, quindi non poteva mandare a vuoto il suo disegno con esporlo in balia di altri. In questo anno volle solo osservare se lo poteva eseguire in qualche istituto già esistente, ma non tardava ad avvedersi che no...».[60] En las *Memorias biográficas* la fuerza persuasiva de esta reflexión está acentuada al atribuirse al mismo don Bosco. Esta atribución puede, al menos en parte, tener un fundamento. Por lo menos, un paso de las llamadas *Cronichette* de Barberis, referido a los primeros días de enero de 1876, contenía, en efecto, en primera persona la casi totalidad de las expresiones, y las ponía en los labios de don Bosco. Pero el santo mismo no hacía intervenir a María. El plano le pertenecía a él. Sólo después de las explicaciones de don Bosco, el redactor de la crónica había escrito: «A me pare schietto e netto che volesse dire così: – Maria Vergine mi aveva indicato in visione il campo in cui io doveva lavorare. Mi fece vedere i mezzi da adoperarvi per riuscirvi...» etc. Don Lemoyne en sus *Memorias* siguió o imitó a este cronista. Tomó su texto de los *Documenti* y comenzó: «Ma la Vergine Maria, ci narrava più tardi D. Bosco, mi aveva indicato in visione il campo nel quale io doveva lavorare. Possedeva *dunque* il disegno di un piano...» etc.[61] El «plan» muy humano del fundador se convertía así en una especie de revelación.

Haría falta encontrar, a lo largo de los volúmenes de las *Memorias*, las frases con las que don Lemoyne atribuye de este modo, sin el menor matiz, a Dios y a María los planes que su discípulo Giovanni Bosco realizó en su vida. Este atajo en la vocación juvenil de don Bosco ha seducido mucho a sus biógrafos. A propósito de la vigilia de su ordenación sacerdotal en 1841 se lee: «A questo punto non possiamo far a meno di fissare lo sguardo sul progressivo e razionale succedersi dei sorprendenti sogni. Ai 9 anni Giovanni Bosco viene a conoscere la grandiosa missione, che a lui sarà affidata; ai 16 ode la promessa dei mezzi materiali, indispensabili per albergare e nutrire innumerevoli giovani; ai 19 un imperioso comando gli fa intendere non esser libero di rifiutare la missione affidatagli; ai 21 palesata la classe de' giovani, della quale dovrà specialmente curare il bene spirituale; ai 22, gli è additata una grande città, Torino, nella quale dovrà dar principio alle sue apostoliche fatiche e alle sue fondazioni. E qui, come vedremo, non si arresteranno queste misteriose indicazioni, ma continueranno ad intervalli fino che sia compiuta l'opera di Dio. Si dovran dir forse questi mere combinazioni di fantasia?».[62] Pues, sí, querido don Lemoyne: son exactamente «combinazioni di fantasia». Pero son tuyas y

[60] *Documenti* III, p. 151.

[61] MB III, 247. El trozo de la *Cronichetta* (ASC *Barberis*, cuaderno 3° sin paginación), todavía inédita, ha sido reproducido en las microfichas del FdB 796 E 8-10.

[62] MB I, 426.

no de don Bosco. Efectivamente, tal vez tú lo has olvidado cuando escribías esta conclusión sobre el «progressivo e razionale succedersi dei varii sorprendenti sogni» de juventud; pero si estos relatos de «sogni» fechados por ti a los 16, 19 y 21 años de don Bosco eran, en las páginas anteriores de tu volumen, versiones probables o ciertas del único sueño de los 9 años distribuidas a lo largo de la juventud de Juan Bosco a partir de una información cronológica sumamente débil.[63]

Con estas interpretaciones «superdeterminadas» más o menos gratuitas, la paleta biográfica adquirió tonos maravillosos. Pero la «comprensión» de la historia de don Bosco perdió en las mismas proporciones. Y la aconsejable continuidad entre significante y significado se rompió. En efecto, el hombre que se siente predestinado y que conoce su camino, ve y avanza con paso seguro. Su búsqueda, sus dudas, sus empresas, sus errores, sus descubrimientos y sus retrocesos provisionales, hasta su triunfo, reflejan una especie de teatro de sombras. El papel, el verdadero papel, se declama en otro sitio. ¿Es posible una existencia así sobre la tierra? En todo caso, don Bosco no se expresó nunca sobre su destino (ni sobre su superdeterminación) con la firmeza que don Lemoyne imprudentemente le atribuyó. La gracia de Dios y la intercesión de María son indudables para el creyente, como en el caso de don Bosco. Pero el tipo de superdeterminación que don Lemoyne cree leer en ello daña una correcta reflexión histórica sobre la vida de don Bosco. Un prejuicio inicial la desvía. ¿En qué se convierte, en este caso, el hombre que busca y se adapta constantemente, como fue el verdadero don Bosco?

El *Idealtypus* de santo, utilizado por don Lemoyne para «comprender» la vida de don Bosco, implicaba otros aspectos, sobre todo de virtudes: la humildad, la dulzura, la bondad..., inducidos, por otra parte, por el carisma de *leader*. Su influjo más o menos consciente en el espíritu del biógrafo resonó hasta en la reproducción de las palabras y de las frases escritas de su héroe. Su agresividad se vio sistemáticamente debilitada. Por ejemplo, don Lemoyne no admitía que don Bosco se hubiese enfadado [n. del t.: en italiano *arrabbiato*] (la palabra *rabbia* se sustituye sistemáticamente con *sdegno*) o hubiese agredido violentamente a un alumno, ni siquiera soñando... Este fue uno de los graves límites de un trabajo por otra parte colosal.

10. El método de don Ceria

Los procedimientos de construcción y de composición de don Amadei, para el X volumen de las *Memorias*, estuvieron muy próximos a los de don Lemoyne para los tomos precedentes. El clima del relato es casi el mismo. Después, a partir del volumen XI, cambia el tono. La serie de los nueve volú-

[63] Traté ampliamente este tema en: *Les Memorie I de Giovanni Battista Lemoyne*, p. 250-256.

menes de don Ceria es homogénea. Estos libros están bien escritos y resultan interesantes. Pero esas cualidades no satisfacen las exigencias que tenemos hoy. Nos gustaría saber si, con don Ceria, la historiografía de don Bosco pasa algo o mucho de un estadio «precientífico», en el que se quedó don Lemoyne, a una era más de acuerdo con nuestras doctas (y legítimas) preocupaciones...

Como se ha dicho varias veces, para llegar a confeccionar la historia de los años que van desde 1875 a 1888 de la vida de don Bosco en un tiempo *record*, a razón de un volumen por año, a pesar del cúmulo enorme de documentación que había que dominar, don Ceria siguió paso a paso los *Documenti* ordenados año por año en unos treinta registros (el registro XV se refería a 1875) y referidos al período que debía describir. Hizo algunas investigaciones complementarias, pero en total poco numerosas. Cuando modificó los *Documenti*, que eran ya, como sabemos, una historia más o menos bien construida sobre don Bosco, no criticó ni «sopesó» nunca, por decirlo de algún modo, las construcciones especiales de su predecesor. No trató de identificar las fuentes que aquel había tenido a disposición. Un ejemplo entre cien. Para el volumen XVIII copió sin referencias, diálogo y comentario incluidos, el relato de la curiosa visita a don Bosco, el 3 de febrero de 1886, de un abogado francés que le preguntó de forma poco discreta sobre los Borbones.[64] El final sonaba así: «Qualcuno dubitò che fosse un agente esploratore della polizia francese, mandato a esplorare le idee politiche di Don Bosco» – especialmente sobre la posibilidad de una restauración monárquica en el país –. «In ogni modo le risposte del Santo non potevano destare sospetti né offrire appiglio ad accuse. Era stato sempre suo sistema di non entrare mai in politica». Ahora bien, ese final existía casi idéntico en los *Documenti*.

Sin embargo, no se empeñó, como don Lemoyne, en incluir los detalles más nimios en su relato sobre don Bosco. Inmediatamente se permitió resumir párrafos o extraer períodos significativos, libertad redaccional que don Lemoyne nunca se había concedido.

Pero los principios de lectura y de interpretación de nuestros dos hagiógrafos se parecían mucho. Don Ceria, como don Lemoyne, creía que todo testimonio es un reflejo de la vida y, tomado tal cual, permite reconstruirla. No se impuso, por tanto, analizar su recorrido por el mundo, en el espíritu y, si hacía falta, en la pluma del testigo. Este, en efecto, podía haber dejado versiones sucesivas de su testimonio y la última (era el caso de Viglietti) no era necesariamente la mejor. Sin embargo, la experiencia adquirida con la literatura grecolatina lo llevó, creo, a desconfiar a veces de los diálogos y del estilo directo, que pasó, por consiguiente, a relato lineal. Confrontando las *Memorias* con sus fuentes, los *Documenti*, nos convencemos del hecho de que insistió menos que sus redactores más frecuentes (no sólo don Lemoyne, sino también don Berto), sobre las predicciones y las profecías, como tales, de don Bosco. Re-

[64] La fuente documental en: *Documenti* XXXI, p. 44s., retomada en: MB XVIII, 28-29.

produjo, en el mismo relato, los documentos originales, sin permitirse retocarlos. Sus lecturas inexactas, a veces molestas, eran involuntarias.[65] Mucho más moderno que don Lemoyne, que se acercó con gusto a Jacques de Voragine, no cedió sistemáticamente al aspecto maravilloso. Desde nuestro punto de vista, hubo, pues, progreso de una generación a otra. Sin embargo, a este nivel de lectura de la documentación, don Ceria, aunque más prudente o más suspicaz que don Lemoyne, no superó verdaderamente el género literario, calificado como «precientífico», de su predecesor.

La misma composición del texto de las *Memorias* demuestra la habilidad de don Ceria al escribir. En sus volúmenes, la materia de los años de vida de don Bosco está siempre organizada, no simplemente yuxtapuesta de modo aleatorio en beneficio de la cronología. Cada capítulo tuvo un título propio que corresponde más o menos a su contenido. El relato es límpido. La historia discurre ágilmente. Para apreciar la obra literaria de don Ceria basta interrumpir la lectura de uno de sus volúmenes y tomar 50 páginas de don Amadei: os parecerá pasar de un jardín con paseos rectos y bien rastrillados a un bosque de arbustos en los que se pierde uno. Al lector del conjunto de las *Memorias*, los dos 1871-1874 de la vida de don Bosco (narrados por don Amadei) se le presentan enigmáticos. Conserva, en cambio, recuerdos característicos de cada uno de los años que van de 1875 a 1888 (narrados por don Ceria), con la partida de los primeros misioneros, las fundaciones logradas o fallidas en Francia, los esfuerzos de don Bosco en Roma bajo mons. Gastaldi, el asunto de la *Concordia* impuesto por León XIII, el gran viaje a París en 1885, el viaje a España 1886, los últimos meses dolorosos de don Bosco. Los debe a la narración clara y grata de don Ceria.

A pesar de todo, las opciones de don Ceria como redactor de las *Memorias* eran a veces discutibles. Atemperó los episodios duros, dulcificó las propuestas y, a veces, suprimió algunos rasgos desagradables de sus personajes. ¡Comportamiento diplomático las más de las veces! Por otra parte, don Ceria mismo me contó una vez en Turín (exactamente el 12 de agosto de 1952) que un canónigo de la curia local le había negado, en 1930, el *imprimatur* para el volumen XI de las *Memorias* (el primero firmado por él), porque en él aparecía bajo luz turbia el arzobispo Gastaldi; había hablado del tema con el P. Rosa s.j., de la «Civiltà Cattolica»; este último le había aconsejado presentar su obra como *pro-manuscripto*, artificio jurídico que le dispensaba del visto bueno de la curia turinesa. Así se pudo publicar el libro. Pero estoy convencido de que don Ceria aprendió la lección del incidente, por ejemplo en el sentido de que debía evitar los personajes eclesiásticos. Así se explican varios silencios y

[65] Don Ceria hace decir a don Bosco, con ocasión del Capítulo general de 1883, que el «Bollettino Salesiano» debía ser «come un periodico pubblico» (cf. MB XVI, 412), mientras las actas de Marenco, (ASC 046, CG 1883, fol. 6) afirmaban exactamente lo contrario: ...«non promuoverlo come un periodico».

diversas tachaduras.[66] Los relatos de don Ceria son siempre moderados: evita señalar los lamentos y los suspiros de don Bosco, como los de todos los presentes en la iglesia de María Auxiliadora cuando partieron los misioneros para Quito;[67] dulcifica las propuestas de don Bosco referidas a los *inquilini* de Valdocco en una reunión del Capítulo superior;[68] los «molti salesiani hanno nulla di spirito salesiano» de una intervención suya a su Capítulo el 5 de noviembre de 1885 se convierte en las *Memorias* de don Ceria en: «*certi* Salesiani hanno nulla di spirito salesiano»...[69] Los trazos no tienen, pues, el vigor que desearíamos hoy.

El problema de la comprensión de la vida de don Bosco por don Ceria merecería muchas líneas basadas en ejemplos y contrastes ponderados. Pero me es difícil hacerlo aquí de modo conveniente. Creo que puedo adelantar esta observación: en su interpretación ordinaria de la vida de don Bosco, don Ceria, a pesar de su sumisión habitual a los relatos y comentarios de sus documentos, evitó los excesos y las sistematizaciones de don Lemoyne;[70] pero se esforzó poco por salir de las explicaciones religiosas y maravillosas hacia las que se inclinaba con predilección. Siguió con frecuencia sus fuentes y explicó (sumariamente) a don Bosco como lo habían hecho estas últimas.

11. Observaciones finales

Para concluir esta muy breve serie de observaciones sobre el método de trabajo de los tres autores de las *Memorias biográficas* de don Bosco, conviene, creo, pensar en dos categorías de personas cuyas intenciones no son ni mucho menos las mismas. Los que buscan nutrirse espiritualmente con la lectura se-

[66] Me contó el mismo día un percance semejante, que tuvo mayores consecuencias. En 1883, un revisor – un cardenal, me dijo, si no le entendí mal – le había obligado a suprimir todo el capítulo sobre mons. Gastaldi en las galeradas de su bonito libro, *San Giovanni Bosco nella vita e nelle opere*. Acató la orden, pero no sin tristeza. Se encuentra así escrito en las últimas líneas del capítulo XXXIV sobre la iglesia de San Juan Evangelista (p. 283): «Fu uno di tanti dolorosi episodi innestati nella storia di una tribolazione che per la sua natura, per la sua durata e per i suoi effetti fu certamente la più grave sofferta dal Santo», frase que constituía probablemente el punto de enlace con el capítulo censurado. El texto continúa simplemente: «Ma considerazioni di ordine superiore consigliano di rimettere a tempo e a luogo più opportuno la narrazione di quelle vicende».

[67] Cf. *Documenti* XXXVI, p. 77 y MB XVIII, 430.

[68] Cf. *Documenti* XXX, p. 521-523 y MB XVII, 581.

[69] Cf. *Documenti* XXX, p. 571 y MB XVII, 586.

[70] Salta, por ejemplo, en los *Documenti*, la inverosímil asimilación de las relaciones epistolares de don Bosco con la marquesa parisina de Cessac, a las de san Francesco di Sales y la Chantal. Cf. *Documenti* XLIV, p. 461: «Erano una riproduzione di quelle di S. Francesco di Sales alla Chantal», y MB XVI, 231: ... «sembra che abbia ricevuto da lui molte lettere di direzione spirituale. Così si dice; ma noi finora non ne conosciamo neppure una». Se debe entender: «Si dice nei *Documenti*...», que tenía delante mientras escribía.

guida de las *Memorias biográficas*, que son para ellos un libro de devoción. Y los que recorren estos gruesos volúmenes para extraer elementos de estudio (histórico, psicológico, teológico...). Para éstos, son una cómoda colección de documentos sobre don Bosco.

Los primeros disponen, en las *Memorias*, de una «historia» de don Bosco, que es «verdadera», ni más ni menos que cualquier otra historia en el sentido popular de la palabra, pintoresca, edificante, colorista (salvo el volumen X), rica de hechos y frases aptos para enriquecer el espíritu. Los beneficios de una lectura corrida de las *Memorias*, controlada por una experiencia que está cerca de convertirse en centenaria, parece por algunos aspectos, evidente. No se pierde el tiempo al dedicarse a ella; al contrario. Aun admitiendo que, también en este nivel, puede haber quien prefiera, justamente, lecturas de don Bosco más «verdaderas» y documentadas.

Sin embargo, esta comunicación va destinada sobre todo a una segunda categoría de lectores, los que se dedican, poco o mucho, a *studi* sobre don Bosco. El consejo debe ser otro. Partiría de una reflexión, entre las más autorizadas, que me hizo don Ceria, como a varios otros, al final de su vida. «A coloro – me decía más menos con sus palabras – a coloro che intendono scrivere tesi su don Bosco, consiglio sempre di cambiare soggetto. Più tardi, forse, quando le lettere di don Bosco saranno pubblicate...». Reconocía que sus *Memorias*, en las que muchos habían encontrado la fuente única y definitiva de estudios sobre don Bosco, no podían servir de base para estudios rigurosos sobre el mismo. Si se ponen aparte los *Documenti* publicados como tales por él y por don Amadei al final de sus volúmenes, tenía cien veces razón. En efecto, si los gruesos volúmenes de don Lemoyne y los de sus dos sucesores, ya que dependen de él, fueron construidos según los criterios «precientíficos» de composición e interpretación que he tratado de poner en claro, la autenticidad de elementos que se espigan allí con preferencia, es decir, las propuestas del santo y las observaciones de los testigos más inmediatos de su vida (los cronistas...), no está nunca garantizada. Más aún: no faltan las lecturas repetidas, los apócrifos frecuentes y las historias convertidas en leyendas con la amalgama de diferentes trazos de perspectiva. Si tienen que hacer una investigación, háganla preferentemente sobre las fuentes mismas de la historia de don Bosco. Las *Opere edite* solas han consentido a Jacques Schepens redactar su voluminosa e interesante tesis: *Pénitence et eucharistie dans la méthode éducative et pastorale de don Bosco*. Étude à partir de ses écrits imprimés.[71] Que estos investigadores recurran a los escritos autógrafos, a los escritos publicados, a las cartas enviadas o recibidas por don Bosco, a las crónicas o actas, editadas o no, como ha hecho el profesor Luciano Pazzaglia en su excelente estudio sobre *Apprendistato e istruzione degli artigiani a Valdocco (1846-1886)*.[72]

[71] Roma, Università Pontificia Salesiana, 1986, 2 vol.

[72] Cf. F. TRANIELLO (ed.), *Don Bosco nella storia della cultura popolare*, Torino, SEI 1987, p. 13-80.

Evitarán así las desventuras en las que han incurrido otros que se han servido de las *Memorias biográficas*. Citaré uno sólo, del que en mi calidad de miembro del Capítulo general salesiano de 1984, que ha dado origen al texto oficial de las Constituciones, me siento, al menos materialmente, culpable. En el primer artículo de sus Constituciones, renovadas ese año, los salesianos abusaron de una fórmula atribuida a don Bosco por las *Memorias biográficas*, citada con precisión en nota : «... Formò in lui un cuore di padre e di maestro, capace di una dedizione totale: "Ho promesso a Dio che fin l'ultimo mio respiro sarebbe stato per i miei poveri giovani"» (MB XVIII, 258). De hecho, la crónica de Carlo Viglietti, fuente del *logion* reproducido en el lugar citado de las *Memorias biográficas*, hacía decir a don Bosco que había prometido a Dios que «fin l'ultimo mio respiro» sería, no ya, como en el texto transcrito, por sus «poveri giovani», sino por sus «poveri orfanelli», es decir, por los jóvenes abandonados de los que se había convertido en padre. ¡Hay una buena diferencia entre «vivere per i giovani» y «vivere per i giovani abbandonati»!